

Danza Independiente y Gestión

Un Camino Que Recién Comienza

Poco tiempo para la creación tienen los bailarines. El afán por conseguir recursos para producir sus montajes, buscando auspicio o autogestionándose, les quita gran parte de sus energías.

Ignacio Íñiguez

Un rápido sondeo por las compañías de danza independiente, revela que las inquietudes básicas son: la necesidad de contar con un espacio exclusivo para su disciplina, la posibilidad de contar con el apoyo institucional y privado que permita dedicar tiempo a la investigación y la creación, el buscar la manera de sensibilizar a un público que por ahora ve a la danza como un arte de culto, y la ausencia de una organización unívoca que promueva todos estos objetivos.

Estas son las carencias más relevantes de un movimiento que a pesar de ellas, durante el 2001 se ha mostrado como una de las **escenas artísticas** más fértiles del panorama local.

La consolidación de espacios como el Encuentro del Mercosur, que este año en su tercera versión incluyó compañías de tres países y varios elencos regionales; además de salas como el auditorio de la FECH, los Museos de Bellas Artes y Contemporáneo, el Centro Cultural Montecarmelo, el teatro La Cúpula o el Auditorio de Telefónica, han sido algunos de los hitos del 2000-2001. A ellos se suma ahora el recién creado Centro Cultural Matucana 100, que tendrá parte de su programación dedicada especialmente a mostrar espectáculos coreográficos.



Desde el Estado, la creación del Área de Danza en la División de Cultura, la consolidación de un aporte Fondart específico para este arte y la Corporación DanzaChile en gestación, impulsada desde el gabinete de la señora del Presidente Lagos, son también buenos augurios. Si a eso sumamos la experiencia de artistas como Isabel Croxatto y su proyecto AbunDanza, o de Paulina Mellado y Marcela Escobar con su sala Santa Helena, veremos que -de a poco- las cosas han ido tomando el rumbo correcto.

"Mi logro es haber podido conservar ese espacio" dice con enérgica resignación Isabel Croxatto, que aunque no obtuvo el Fondart Regional con que esperaba poner sonido e iluminación al galpón de calle Aldunate 550



ESPACIOS invertidos.

CON ELIZABETH RODRIGUEZ DANZA CONTEMPORANEA

ESTRENO VIERNES 11 DE DICIEMBRE 20:00 HORAS • MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES • GALA JOSÉ MIGUEL BLANCO

que arrienda, se prepara para estrenar a mediados de noviembre "Momo y los ladrones del tiempo", una obra de Marcela Sentis que sí obtuvo un Fondart. Mientras, con aportes propios y municipales, continúa presentando en plazas y teatros su exitoso "Animal Humano". "Mi proyecto consiste en crear el primer centro coreográfico y el primer teatro para la danza", precisa Croxatto. Desde comienzos de este año, financia su espacio mediante los talleres trimestrales que ella y su compañía dictan a bailarines debutantes. Además, está legalizando su Fundación Danza y Expresiones Contemporáneas, con la que pretende captar aportes para su proyecto.

"La mediocridad en que estamos insertos no alcanza más que para la sobrevivencia. Pero poco a poco hemos ido dando pasos, muy bien asesorados, y sólo cambiando nuestras proyecciones. Si antes me había dado una meta en equis tiempo, ahora me propongo solamente lograr esa meta", dice la bailarina.

Desgraciadamente, la mayoría de los coreógrafos y bailarines tiene como segunda actividad la de la creación, porque aunque querrián fuera la primera, para solventarla deben dictar clases o tomar otros empleos. Y es que el aporte privado es a veces tanto o más esquivo que el público, si se trata de danza. La coreógrafa y bailarina Elizabeth Rodríguez siente que, por ejemplo, la Ley Valdés no está al alcance de las compañías independientes. Ella organizó, en colaboración con Carmen Romero, la muestra que se realizó en enero en el Museo de Bellas Artes, paralela a la Feria de Artes Escénicas de la Red Latinoamericana de Productores.

"La Ley Valdés tiene para nosotros sus reparos, como no poder cobrar entrada. Además es un sistema muy burocrático, no conozco a nadie de la danza que se haya beneficiado de la Ley Valdés. Por otra parte tenemos el problema que cuesta que la empresa privada se interese, ya que prefiere apoyar cosas probadas", explica. Y es que la experimentación es inherente a la danza independiente. Esa es la opción de Paulina Mellado y Marcela Escobar, quienes desde este año llegaron a acuerdo con la Corporación Privada de Desarrollo Social de Santiago Sur, que posee el Teatro Santa Helena en el 1332 de esa calle del barrio Avenida Matta. (continúa en página siguiente)

A cambio de un espacio para la investigación, creación y difusión de sus obras coreográficas, ellas dictan talleres de danza para niños y jóvenes de la corporación. Durante tres meses mostraron, entre otras piezas, "El lugar del deseo", un elogiado trabajo coreográfico de Paulina, que contó con apoyo de Fondart. "Para nosotras fue un desafío grande" explica Marcela Escobar, "y lo cumplimos. Nunca suspendimos una función y durante los tres meses nos dimos cuenta que sí hay público para la danza. Al principio venía gente que conocíamos pero luego empezó a llegar gente totalmente nueva", dice entusiasta. El cómo crear la necesidad de ver danza independiente es otro de los desafíos que debe sortear hoy el movimiento. Marcela Escobar coincide con Isabel Croxatto en que "hay que tener un lugar fijo para la danza, donde la gente se entere y simplemente vaya.

Tal vez allí podría haber una programación en que fueran rotando los coreógrafos y las compañías", sugiere.

Pero deja el tema a los expertos, ya que a ella la satisface la autogestión y no la producción artística: "Es más difícil, ojalá hubiera más apoyo pero me da la libertad para trabajar un tema y sacar un resultado sin presión, sin la necesidad de buscar un efecto rápido con el cual impactar a un público".

Lo cierto es que mientras la gestión no esté solucionada poco será el tiempo que bailarines y coreógrafos tendrán para dedicarse a la creación. Desde su trabajo como productora teatral, Carmen Romero ha apoyado a la danza desde comienzos de los noventa, cuando realizó por varias temporadas el encuentro "Abril danza a Mil", precursor del actual ciclo del Bellas Artes.

"El verdadero problema es que, a pesar de la mayor profesionalización que se ha dado en los últimos 10 años, el teatro y la danza no llegan todavía a ser industrias culturales. Desde ese punto de vista nosotros, desde la plataforma teatral, estamos pidiendo la creación de un Instituto para el Teatro, y creo que también debería haber uno para la danza", cuenta.

Para la productora del festival Teatro a Mil, estas dos disciplinas requieren de un apoyo especial, ya que aunque pueden ser consideradas industrias culturales no ocurre lo que en el cine, la música o los libros, donde los productores ya están constituidos como empresas, por lo que tienen mayores facilidades a la hora de captar recursos.

Con una Ley de Nueva Institucionalidad Cultural en discusión en el Senado, con muchas probabilidades de ser despachada a mediados del 2002, no parece descabellado el reunir todas las inquietudes que hoy día tienen las distintas compañías y productores independientes de danza, en pro de lograr un lugar para las artes del movimiento en ese nuevo cuerpo legal.

"La realidad chilena de cómo hemos hecho teatro y danza en estos años es una experiencia riquísima", reflexiona Carmen. "No sé si podamos sacar un modelo de allí, pero sí podemos obtener pautas de cómo, en condiciones tan adversas, se ha podido hacer tanto. Esa pregunta no descansa en las instituciones, sino en los creadores y en los productores independientes, y es importante que se responda porque así no se van a equivocar", reflexiona finalmente Romero.

